

ELOGIO DESMEDIDO DE GLORIA FUERTES

Gloria Fuertes es un hermoso disparate de mujer. Nació en Madrid a los dos días de edad, pues, como ella cuenta, fué muy laborioso el parto de su madre. Siguiendo con su nota biográfica el lector se enterará de que, a los nueve años, le pilló un carro, a los catorce, la guerra (quiso ir a pararla, pero no la dejaron), y luego le pillaron los amores, las catástrofes y las oficinas.

Cuando la conocí, se dedicaba ya a la enseñanza, pero bien, pues ella, sentimentalota y optimista, es capaz de enseñarlo todo: tápate, Glorita, tápate. / que los sentimientos se te ven. A esta mujer le apasiona reunirse con los amigos, pirrarse por alguien como una ballena retozona, andar por los barrios periféricos para escuchar canciones desastrosas, escribir para niños y para no tan niños, y también - y sobre todo -, ir al Circo.

A propósito del Circo: una vez, creo que fué en Santander, Gloria se sacó un asiento de primera fila de pista, y consiguió, quien sabrá cómo, que un elefante se le cagara encima. Debió ser algo tremendo, pues el empresario le compró a Gloria un traje y unos zapatos nuevos, ya que la enorme deyección elefantiásica era, además, corrosiva. "Pobrecito animal, tenía el vientre suelto" dijo Gloria. Ni San Francisco de Asís, oigan.

Los poemas de Gloria Fuertes son directos, desaliñados, tiernos, canallas. Es cierto que tiene el corazón como un piano viejo y algo desafinado, y por eso le gusta la gente, los ambientes populares, la procacidad bien entendida, que empieza por ella misma, y, sobre todo, el campo, el puto campo, el cabrón del campo. A la que puede, sale

con



con algunas amigas y se pone a triscar como una cabra.

Una vez <sup>(Nos)</sup> invitó a Caballero Bonald, a los Celaya, a Ton y a mi, a pasar una tarde en Chozas de la Sierra u Hoyo de Don Fadrique o como se llame el tal sitio, y la cosa resultó de lo mejor. Una de sus amigas nos preparó una merienda-cena que duró hasta el día siguiente, otra amiga cortó leña sin parar para calentar la reunión alrededor de la chimenea, otra se ocupó de los vinos y el café. Yo me hubiese quedado allí, carajo, pero Caballero Bonald opinó, a las siete de la mañana, que en aquella casa no venderíamos una escoba, y que teníamos que irnos. No sé por qué le hice caso, pues yo no tenía ninguna escoba que vender, palabra.

En la poesía de postguerra los poemas y canciones de Gloria Fuertes fueron explosiones de alegría, atentados de esperanza em medio de tanto gesto hosco, de tanto brazo en alto y de tanta cabronada difusa. Con la difícil sencillez del Cancionero, sus nanas nos ayudaban a dormir, y sus poemas cortos, a conservar el buen humor.

Es muy cierto lo que Gloria dice de sí misma, y que es válido también para otras personas que conozco: "Vivo pobre. Duermo en casa. Viajo en metro. Ceno caldo y un huevo frito, para que luego digan. Compró libros de viejo. Me meto en las tabernas, me cuelo en los teatros, y en los saldos, me visto. Hago una vida extraña".

Gloria, chica mía, que el Niño Jesús te conserve así, alegre, calentorra, buena como una tostada, respondona, insolente. Y si el tal Niño te deja de su mano, como suele, y te pones metafísica y triste, prueba otra vez tu antiguo remedio: pláncate la bufanda, y a otra cosa, písate la tristeza, y a triunfar.

José Agustín Goytisolo.

ENERO 1979